

Nuria Calduch-Benages

Abiertos a la esperanza

Retazos bíblicos

EMAÚS 133



Miriam, una mujer de esperanza

Introducción

El prólogo del libro del Éxodo se caracteriza por la presencia femenina: las comadronas, la madre de Moisés, la hermana de Moisés y la hija del faraón de Egipto.²⁹ Si en Ex 1,8-22 son las dos comadronas las que determinan el ritmo de los acontecimientos, en Ex 2,1-10 las verdaderas protagonistas son una madre, una hermana y una hija. En otras palabras, estas mujeres llenan todo el escenario. Tenemos que preguntarnos, sin embargo, cuál es el papel del faraón de Egipto: ¿qué importancia tiene este personaje en la narración? De hecho fue él quien provocó la intervención de las comadronas. Hemos de recordar que el faraón, por miedo a perder el poder, había dado la orden de exterminar a todos los niños hebreos del país. Pero es curioso observar que la máxima autoridad del país no está citada en la narración.

El faraón y las comadronas (Ex 1,8-22)

Las dos primeras mujeres que aparecen en la narración son las comadronas, las dos únicas mujeres de la his-

29 Cf. M. NAVARRO – C. BERNABÉ, *Distintas y distinguidas. Mujeres en la Biblia y en la historia*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 1995.

toría cuyo nombre conocemos: Sifrá («belleza») y Puá (del ugarítico «mujer joven»). Este hecho contrasta con el anonimato del faraón. Muchos estudiosos han intentado establecer su identidad: se podría tratar de Ramsés II (1290-1224 aC). Fuese quien fuese, el narrador no ha querido revelar su nombre. El nombre de las dos comadronas, en cambio, es mencionado porque estas mujeres lucharon por la vida de los recién nacidos. El faraón, contrariamente, no tiene nombre porque quería exterminar a los inocentes por razones de poder. De esta manera, en la historia, el omnipotente faraón pierde todo su poder ante dos simples comadronas. Según el narrador, el faraón no es digno de ser nombrado en la historia de su pueblo. Por esta razón es presentado como un personaje sin identidad.

Las comadronas temían a Dios, y el temor de Dios no es compatible con el asesinato de los recién nacidos (Ex 1,16: «Cuando asistáis a las hebreas, y les llegue el momento del parto, si es niño, lo matáis, pero si es niña, la dejáis con vida») pero las comadronas, sin mirar si el recién nacido era niño o niña, temieron a Dios, según nos dice el texto. En hebreo, los verbos «mirar» y «temer» son muy parecidos y permiten hacer un juego de palabras. La orden del faraón contiene una discriminación sexual que las comadronas ignoran porque la orden recibida va contra la vida y refleja una estructura de muerte que ninguna mujer podría jamás aceptar. Sifrá y Puá defienden la vida porque es su trabajo, pero especialmente porque tienen el coraje de desobedecer y desafiar al faraón con mucha sagacidad: «Es que las mujeres hebreas no son como las egipcias: son robustas y dan a luz antes de que lleguen las comadronas» (Ex 1,19).

Hemos de destacar dos puntos: en primer lugar, la solidaridad entre las dos comadronas, una actitud que también adoptan las otras mujeres de nuestra historia, especialmente María y la princesa egipcia; y en segundo lugar, el temor del Señor, una actitud que en nuestro texto no es exclusiva de los israelitas. De hecho, las dos comadronas egipcias³⁰ temen al Dios de Israel mientras desobedecen al dios de Egipto (el faraón). Aquí la ironía del narrador queda bien clara.

Ahora debemos fijarnos en el versículo más importante de este fragmento: «Cuando nazca un niño, echadlo al Nilo; si es niña, dejadla con vida» (Ex 1,22). Esta es la segunda orden, y también la última, del faraón. Hay que destacar que ninguna de las dos órdenes se realiza: esto es lo mismo que decir que la palabra del faraón no tiene autoridad, no vale nada. Este versículo es importante porque nos ofrece el escenario donde se situará la acción principal que está a punto de realizarse. Este escenario es el río Nilo. Sin el Nilo no se puede entender la acción de la madre y de la hermana de Moisés.

Acabemos aquí esta primera parte. Alguien ha escrito, muy agudamente: «Si el faraón hubiese intuido el éxito de la acción realizada por las comadronas, su orden habría sido bien diferente: habría ordenado a las comadronas matar a todas las hijas de los hebreos».

30 La expresión hebrea que se suele traducir con «comadronas hebreas» en realidad significa «comadronas para/de las mujeres hebreas». Así la interpreta Flavio Josefo (Ant. Jud. II,9,2) y otros muchos autores.

La madre de Moisés, su hermana y la hija del faraón (Ex 2,1-10)

El capítulo segundo del libro del Éxodo comienza también con un toque de ironía. El faraón acaba de ordenar que no maten a las hijas de Israel, y seguidamente la historia comienza con una de estas hijas y, más adelante, la historia continuará con la hija del faraón. En síntesis, nos encontramos con dos hijas que desobedecen la orden recibida, de tal manera que arruinarán el plan proyectado por el faraón. Fijémonos con más atención en estas dos hijas.

Dos hijas, dos madres

La primera hija citada en la narración es una hija de Israel. Se trata de la hija de un levita casada con un hombre de la familia de Leví (Ex 2,1: «Un hombre de la tribu de Leví se casó con una mujer de la misma tribu»). Es la madre de Moisés. Esta aparece en la narración de manera anónima: como hija de Leví o como madre de Moisés. Conocemos su nombre porque es citado en Num 26,59. Se llama Yoquébed (que en hebreo significa «Yahvé es gloria, fuerza»). Es de notar que tanto la hija de Leví como la hija del faraón se convertirán las dos en la madre de Moisés. El narrador nos presenta a dos madres que se ayudan la una a la otra. Y estas dos madres nos hacen recordar los diversos modelos con que los autores bíblicos narran el nacimiento de un héroe. Básicamente siguen dos modelos.

Primer tipo:

- a) 2 madres, 2 héroes, uno falso y el otro verdadero (Sara y Agar; Isaac e Ismael).

b) 2 o 3 madres y un solo héroe (Rut y Noemí con Obed; Yoquébed y la hija del faraón con Moisés).

Segundo tipo:

a) 1 madre y 2 o más hijos (Eva con Caín y Abel; Rebeca con Esaú y Jacob).

b) 1 madre y 1 hijo (la madre de Sansón).

La madre del niño

Vamos a concentrarnos en nuestro caso y en la primera madre. La madre de Moisés no habla, solo actúa. De manera contraria, la hermana de Moisés y la princesa hablan y actúan. Miremos cuáles son sus acciones y prestemos atención a los verbos que utiliza el narrador. Todos son verbos activos: concebir, dar a luz, ver, esconder, depositar. El objeto de estas acciones es siempre el hijo. Se trata de una narración que, técnicamente, es considerada como un «anuncio de nacimiento», un texto que anuncia el nacimiento de un héroe. Pero le falta un detalle. En este tipo de narración siempre hay un momento en que el padre (o la madre), pone nombre al niño o a la niña. Aquí, en cambio, el niño recibirá el nombre más tarde, y lo recibirá de la hija del faraón, de la madre adoptiva. El texto no habla del nombre pero añade una información preciosa: la madre del niño, después de haberlo concebido y de haberlo tenido, vio que «era hermoso» (en hebreo *tob*). Esta frase nos recuerda un texto importante del libro del Génesis: «Y vio Dios que era bueno» (Gn 1,10). Cada vez que Dios creaba un elemento del universo pronunciaba esta frase. Así pues, lo que Dios ha creado y que es bueno no puede estar destinado a la muerte, sino a la vida.

La madre de Moisés se da cuenta de que esconder al niño puede ser peligroso y reacciona con rapidez, y mucho coraje: toma una cesta de mimbre, la unta con barro y brea, pone al niño dentro y lo deposita entre los juncos, en la orilla del Nilo (v. 3). Todas estas acciones están narradas con mucho cuidado y con todos los detalles, y esto demuestra una gran preocupación de la madre. La madre es una persona muy decidida. Hará todo lo posible para salvar al niño y lo hará sola, sin ayuda del marido. Del padre no sabemos nada. Otra vez nos encontramos ante la ironía del narrador. El faraón había ordenado echar al Nilo a todos los niños; la madre de Moisés obedece la orden y echa a su niño al río. Pero lo hace de tal modo que el río, en lugar de ser lugar de muerte, se convierte en lugar de vida y de salvación. Prepara una cesta (en hebreo *tebah*). La palabra *tebah* es la misma que aparece en la narración del Génesis para designar el arca de Noé. Noé y Moisés fueron los dos salvados de las aguas. Noé construye el arca; la madre de Moisés prepara la cesta, que es una arca minúscula.

La hermana del niño

De esta manera llegamos al versículo 4, un versículo que se encuentra en una posición clave de la narración: «La hermana del niño observaba a distancia para ver en qué paraba todo aquello». El libro de los Jubileos añade un detalle muy poético al texto bíblico: «Tu madre venía de noche y te amamantaba y durante el día, María, tu hermana, te protegía de los pájaros» (47,5). Inesperadamente, de la nada, emerge nuestra protagonista: otra mujer sin nombre, llamada «la hermana del

niño». ³¹ Hasta este momento nadie podía intuir que el niño que acababa de nacer tenía una hermana. Su presencia aquí, pues, es tan sorprendente como esencial: ella establece el vínculo entre los dos temas principales de esta historia, el de la madre y su hijo y el de la princesa y el bebé. Con una gran habilidad literaria el narrador describe la oposición entre la hija de Leví (madre de Moisés) y la hija del faraón (que también es como una nueva madre de Moisés). Una es hebrea y la otra egipcia; una esclava y la otra libre; una de origen común y la otra de sangre real; una pobre y la otra rica; una esconde al hijo y la otra lo encuentra; una permanece en silencio y la otra habla. La princesa es egipcia, libre y rica, pero no tiene nombre. La tradición la ha identificado con muchos personajes: Termutis (Flavio Josefo), Merris (Eusebio), Bitia (la tradición rabínica).

Dos mujeres separadas que se encuentran gracias a una tercera mujer: también esta es hija, pero el narrador la presenta como «la hermana del niño». Ahora bien, si queremos encontrar el nombre de esta muchacha tendremos que esperar un poco. Sale por primera vez en el capítulo 15 del libro de Éxodo (vv. 20-21), también en el libro de los Números (12,1-16; 20,1; 26.59), en el Deuteronomio (24,9), en el primer libro de las Crónicas (5,29) y en el profeta Miqueas (6,4).

En hebreo se llama Míriam (en griego Mariam o Marian), un nombre de etimología incierta. Los estudiosos han propuesto unas sesenta hipótesis para explicar su

31 Sobre la figura de Miriam, cf. Mercedes GARCÍA BACHMANN, «Miriam. Figura política de primer plano en el Éxodo», en M. NAVARRO – I. FISCHER (eds), *La Tora* (La Biblia y las Mujeres 1), Estella, Verbo Divino 2010, pp. 337-378; J. SIEBERT-HOMMES, «Las salvadoras del liberador de Israel. Doce “hijas” en Éxodo 1 y 2», en *ibidem*, pp. 305-321.

sentido: rebelde, amada de Yahvé, exaltada, elevada, etc. María es una figura muy admirada en la literatura rabínica: hay muchas leyendas sobre su profecía, su fuente y su muerte. Para los rabinos María habría podido ser un modelo perfecto, pero no lo fue por dos motivos: porque no se casó (aunque algunas narraciones la esposan con Caleb) y no tuvo hijos, y porque murmuró contra su hermano Moisés. Si no hubiese sido por esto, María habría sido una de las pocas mujeres sobre las que los rabinos no habrían encontrado nada que objetar.

Volvamos a nuestro texto. María, después de haber preparado con su madre la estrategia para salvar al niño (esto el narrador no lo dice, pero es muy verosímil que hubiese sido así), «observaba a distancia para ver en qué paraba todo aquello». Todas las mujeres de la narración «ven»: su madre vio que el niño era hermoso; ella vigilaba para ver qué le pasaría y la princesa después vio la cesta en medio de los juncos y al niño que lloraba. La aparición de María desde el principio está estrechamente unida al agua y a su hermano. María aparece al principio del Éxodo y al final de la primera parte (en Ex 15, después del paso del mar Rojo). Los dos momentos están marcados por la presencia del agua. Aquí María se espera para ver, y allí dará gracias a Dios porque ha visto.

La hija del faraón

En el v. 5 la hija del faraón baja al Nilo para bañarse mientras sus sirvientas pasean por las orillas del río. Y la princesa descubre la cesta. Prestemos atención, en primer lugar, a las acciones que realiza: baja al río, ve la cesta, ordena a una criada que la vaya a recoger, abre la cesta y ve al niño que llora. Después de las acciones

pasamos a los sentimientos: se conmovió; y después, a las palabras: «Es un niño de los hebreos». La cuidada descripción de las acciones de la princesa en el v. 6 nos recuerda las acciones de la madre de Moisés cuando preparaba la cesta, descritas en los vv. 2-3. De la princesa conocemos las acciones, los sentimientos e incluso las palabras que pronuncia. Así sabemos que conocía el decreto de su padre, el faraón, un decreto que se dispone a violar sin ningún remordimiento. La actitud de la princesa para con el niño nos recuerda la de Dios para con su pueblo. La hija del faraón vio al niño dentro de la cesta, se compadeció y decidió salvarlo. Hay que observar que la hija del faraón no solo tuvo compasión de un niño que lloraba, sino de un niño hebreo. También Dios, viendo el sufrimiento del pueblo, se compadece y decide salvarlo de su opresor. La princesa y Dios muestran una gran atención para con el necesitado, para con el sufriente: son dos actitudes del corazón que mueven a realizar una acción liberadora.³²

En el v. 7 se produce el encuentro entre la hermana del niño y la hija del faraón. En un primer momento parece que la iniciativa de salvar al niño provenga de la princesa pero en realidad no es así. La iniciativa no parte de la hija de Leví (la madre biológica del niño), ni de la hija del faraón (su madre adoptiva), sino de su hermana. Es María la que se acercó a la princesa y le hizo una petición que, en realidad, no era más que una sugerencia que tenía como objetivo resolver la situación: «¿Quieres que vaya a buscarle una nodriza hebrea que críe al niño?». Con esta solución la hermana prepara de manera velada el encuentro de la madre con su hijo. La formulación de la petición hace pensar en una per-

32 M. NAVARRO – C. BERNABÉ, *Distintas y distinguidas*, pp. 36-37.

sona que se encuentra al servicio de otra (la hermana al servicio de la princesa); en realidad, sin embargo, su acción beneficiará a todos. Gracias a la intervención de su hermana, Moisés será salvado de la muerte.

La princesa acepta la propuesta sin vacilar y responde con una orden propia de su categoría social: «Ve» (v. 8). Está bien claro que las dos acciones realizadas por la hermana, ponerse a observar (v. 4) y buscarle una nodriza (v. 8), determinan el destino de Moisés. El texto lo formula de la siguiente manera: «Llamó a la madre del niño». Hay una ironía muy sutil en la expresión «la madre del niño», porque la nodriza de los hebreos es, en realidad, la madre biológica del bebé.

Un final feliz

Después de esta intervención tan inteligente, María desaparece de la escena y, a partir de este momento, los acontecimientos se desarrollan a gran velocidad y siempre con toques de ironía. En primer lugar la princesa decide pagar una determinada cantidad de dinero a la madre del niño en compensación por el trabajo de amamantarlo. La madre no habla pero acepta la orden de la princesa y amamanta al niño. Podemos decir que, en este sentido, Moisés es adoptado (se discute sobre la legalidad de esta acción) y recibe el nombre de parte de su madre adoptiva (se discute también sobre el nombre porque el nombre es egipcio, pero la explicación de este parte de una etimología hebrea). Fuese como fuese, el liberador de Israel creció en la propia casa del opresor, en el palacio del faraón, bajo la custodia de la princesa.

La historia tiene un final feliz gracias a una mujer sin nombre, una mujer que aparece en el escenario de los

acontecimientos bíblicos de improviso, sin una genealogía que la proteja, sin un anuncio de su nacimiento o de un ritual para imponerle un nombre (un nombre que, por lo menos en nuestra historia, nunca es citado). Aparece en silencio y de lejos, contempla la escena a distancia y con sus palabras intenta unir a dos mujeres (dos madres) muy distintas para llevar a cabo un mismo objetivo: salvar la vida de un bebé. Después de haber acabado su misión, nuestra protagonista se va en silencio. Humanamente hablando, la historia del Éxodo comienza gracias no a Moisés sino a María y a las otras mujeres que la han ayudado. La paciencia de María se ha convertido en esperanza, esperanza de vida para el niño, para su familia, para el pueblo de Israel y finalmente para todos nosotros que ahora, en el año 2001, nos sentimos impresionados por esta historia y por este personaje extraordinario.

Podríamos hablar también de Séfora (que en hebreo significa «ave pequeña»), hija de Jetró, la esposa de Moisés. Así tendríamos el cuadro completo de las mujeres que intervinieron en la vida de Moisés.

María, hermana de Moisés y Aarón, y María de Nazaret

Demos ahora un salto en el tiempo. Muchos siglos más tarde nacerá otra hija de Israel, que se llamará también María. María de Nazaret, una joven judía que concebirá y dará a luz al salvador del mundo.

Los evangelios hablan poco de María. La encontramos en los evangelios de la infancia, especialmente en el de Lucas (el de Mateo se centra fundamentalmente

en José) y en el evangelio según Juan (en las bodas de Caná y al pie de la cruz). María aparece en los momentos cruciales de la vida de Jesús (el nacimiento, el inicio de su ministerio y la muerte en cruz). Eso mismo sucede con María y Moisés: la muchacha actúa cuando su hermano es aún un bebé (Ex 2), en el acontecimiento más importante de su vida: el paso del mar Rojo (Ex 15) y también en la dura experiencia del desierto (Num 12). Los evangelios no dicen nada sobre la muerte de María de Nazaret; de la muerte de la hermana de Moisés, el libro de los Números (cap. 20) nos da la noticia. María de Nazaret y María hermana de Moisés son dos mujeres que se han dejado guiar por el Espíritu del Señor y que han tenido el coraje de realizar una misión única en la historia de su pueblo, una misión arriesgada pero decisiva. Las dos se encuentran unidas a la suerte de un niño (Moisés y Jesús) destinado a ser salvador del pueblo (Moisés) y salvador del mundo (Jesús). Las dos se encuentran unidas por el sufrimiento que les ha causado el niño: su infancia, su educación, su destino... Las dos han tenido que huir de una persecución decretada contra los inocentes: María huye de Egipto a causa del faraón, y María de Nazaret huye a Egipto a causa de otro faraón, Herodes. Las dos han tenido que esperar en silencio confiando en el Señor y sin acabar de entender del todo la lógica de los acontecimientos. Además, las dos han tenido que sufrir la incomprensión de parte del hermano o del hijo. Pensemos en el episodio de las murmuraciones y el castigo de la lepra en el caso de María; o en el episodio de Jesús encontrado en el templo por María, su madre.

Mujeres de acción, de esperanza y de pocas palabras. Han hablado solo cuando ha sido necesario. En un

mundo que nos ofrece tantos motivos para desesperar estas dos mujeres son motivo de esperanza. Mujeres que saben comunicar su esperanza a los suyos, al pueblo, a la historia, a todo el mundo. María cantó con las demás mujeres el canto del Mar, y María cantó el Magnificat. Y nosotros, ¿cuál es nuestro canto?